

SE VA UN GRAN MINISTRO

Por Antonio
GIBELLO

La confirmación oficial del cese de Federico Silva Muñoz como ministro de Obras Públicas —la noticia de su supuesta dimisión se conocía en los corrillos políticos y periodísticos desde el pasado viernes— ha causado en la opinión pública una honda conmoción, lógicamente explicable, porque a lo largo de su gestión política, Silva Muñoz se ha ganado a pulso la admiración y el aprecio de sus compatriotas, para los que ya será siempre "el ministro eficacia".

No es fácil ni frecuente este común y generalizado consenso popular en torno a una figura política de gobierno, y por eso mismo, el bien acreditado prestigio de Silva Muñoz, acrisolado por las infinitas e importantísimas obras realizadas y proyectadas, ha marcado en es-

ta última etapa política que nos ha tocado vivir, un verdadero hito que testimonia, a un mismo tiempo, la fecundidad de una ejemplar gestión pública y la calidad humana, política y técnica, de uno de los grandes ministros del Régimen de Franco.

En la personalidad de Silva Muñoz se ha hecho evidente que un hombre de gobierno puede ejercer eficazmente un puesto esencialmente técnico, sin dimitir por ello de su esencial condición personal de hombre político. De hecho, la gestión de Silva Muñoz demuestra que no existe obligadamente una antinomia, y menos aún una antítesis, entre la técnica y la política. Más aún, si cabe, con Silva Muñoz se ha demostrado, justamente, que la técnica es

un instrumento al servicio de la política, y que un hombre político puede ejercer, como tal político, una función técnica de primera magnitud, subrayada, además, por un éxito indiscutible.

En este sentido, Silva Muñoz quiso ser, desde el principio, un hombre de "últimas piedras", un hombre de inauguraciones, un hombre entregado por entero a la política de obras concluidas. No es cosa de minimizar la trascendencia de su labor política descendiendo al detalle de las realizaciones puestas en marcha por Silva Muñoz. Pero es indudable que al cesar, España pierde a un gran ministro. Venturosamente, se va un gran ministro, pero queda actuante aún un gran político. Y es bueno que sea así, por-

que nuestra nación no anda sobrada, precisamente, de talentos políticos experimentados, ejemplares, como Silva Muñoz, por la honestidad de la gestión pública realizada y por la eficacia que ha signado toda su acción, en plena juventud.

Cara al futuro de España, hay que pedir a la Providencia que nos otorgue muchos Silva Muñoz, igual que hay que desear, por el bien del país, por su mayor progreso social y económico, que Fernández de la Mora, que viene a sustituirle en la titularidad de la cartera de Obras Públicas, esté igualmente acompañado del acierto, el tacto y la eficacia política de su antecesor. Creo que no me equivoco si aventuro que éste será el voto que formule en favor de su sucesor, el gran ministro que se va.